

Bajo los palos

Jorge Eslava

loqueleg

*Después de muchos años en que el mundo
me ha permitido variadas experiencias,
todo cuanto sé con mayor certeza sobre la moral
y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol.*

REVISTA FRANCE FOOTBALL, 1957
ALBERT CAMUS

*Esta novela está inspirada en hechos reales
y va dedicada a los trastornados que, como yo,
se ponen los guantes sin temor al rival ni al ridículo.*

*El autor expresa su agradecimiento a los peloteros
Ramón Quiroga, Alejandro Álvarez
y, por supuesto, Jesús Quispe.
Y a Estefanía P. Lanfranco,
por amiga y fotógrafa.*

Primer tiempo



Un crujido mortal

—¡Ayyy! ¡Maldición! ¡Por la repura madre!

13

Fue lo primero que gritó Jesús. Jamás lo había escuchado decir una lisura, y tampoco esa tarde soltó ninguna palabrota, a pesar de que su pierna había sonado como un palo de escoba que se parte. ¡CRAJJJ!, escuchamos todos y vimos cómo la rodilla de Jesús se quebraba en dos... Yo estaba a su lado, a pocos metros de él, en la rueda que habíamos formado para los toques de balón (*el camotito*, como decimos), y vi perfectamente que fue una salvajada de Alejandro... no, no puedo asegurar que fue a propósito, pero lo que hizo fue bien maleado porque Jesús dejó correr la pelota y la cubrió, no la tocó porque solo jugábamos a un toque y la había recibido algo incómodo, así que acompañó la pelota y puso el cuerpo delante, pisó firme con el pie de apoyo y con la derecha hizo la finta de darle a la pelota, sin rozarla siquiera, una, dos veces, y a la tercera, ¡juácate!, le cayó Alejandro con todo.

Metió su guadaña entre las dos piernas de Jesús y lo levantó, entonces él, tú has visto lo menudo que es, trató de evitar el encontronazo y se dejó llevar por el impulso

de la pata de Alejandro y se elevó un poco, pero al caer no sé qué jodido movimiento hizo su pierna hacia atrás y cayó horrible. Ahí fue que escuchamos como el crujido de un tronco que se rompe y vimos su muslo por un lado y su pantorrilla por otro.

14 ¡Caray! Se me escarapela la piel al recordar la cara de Jesús. La tenía toda colorada y contraída, tensa como un puño que comprimes durante un buen rato. El pobre apretaba la mandíbula y las venas le estallaban en la frente, mantenía los ojos cerrados y empozados de lágrimas, las pestañas le brillaban como bigotes de gato. Nosotros lo rodeábamos en silencio. «¡Ayyy, duele!», se quejaba. «¡Duele demasiado!», y nada de decir lisuras, ni una sola, no sé por qué se las tragaba cuando es mejor escupir la rabia y el dolor. No hacía más que estirar los músculos del cuello y aplastar la cabeza contra el césped y después golpearla brutalmente contra el suelo, repitiendo muy molesto:

—¿Por qué a mí?! ¿Justo a mí?! ¿Por qué, por qué, por qué?!

Pero no lo decía asado con el envidioso de Alejandro, sino consigo mismo, como si él tuviera alguna culpa por el castigo que lo tenía tendido en la cancha, acompañado por todos nosotros pero desamparado, porque él y yo sabíamos que Alejandro había ido a la mala, no para reventarlo, pero sí para meterle miedo, como una advertencia, aunque se había excedido. La cosa pintaba bien feo y Jesús lo sabía, por eso estaba tan lloroso, con las manos

aferradas a su muslo derecho que permanecía tieso, recto en relación con su tronco, mientras más abajo era espantoso: su pantorrilla descansaba en sentido contrario contra toda lógica de la anatomía humana.

—Ese chibolo se la está buscando... —me dijo Alejandro una tarde.

Lo miré desconcertado. No contesté nada, todavía no me había hecho amigo de Jesús como para sacar cara por él.

—Es bien faltoso —agregó Alejandro.

15

Sonreí al recordar la jugada de Jesús. Eso le había ardidado a Alejandro, aunque no se la había hecho a él. Recostado sobre la banda, Jesús había realizado dos sombreritos para sacarse a su marcador y luego tiró un centro preciso que fue desaprovechado.

—¿Acaso fue gol? —le pregunté a Alejandro.

—Es lo de menos —me respondió mientras guardaba sus chimpunes en el maletín—. Lo que friega es la jugadita.

—Por gusto te arañas. Que se piquen los rivales, no nosotros.

Alejandro me miró con rabia. Se colgó el maletín al hombro y me dio la espalda. Lanzó un escupitajo al lado y se marchó sin despedirse. Lo miré un rato hasta que caí en cuenta...

—¡Pero claro! —reaccioné—. ¡Lo ha fregado, pues!

Aunque Alejandro seguía siendo titular, ya no jugaba de volante creativo; esa función la cumplía ahora Jesús, que no tenía más de dos meses en el equipo. Para los

demás era un recién llegado, un mojón de colegio nacional que no le había ganado a nadie y que ya había conseguido un cambio en el esquema de juego: que todos lo buscaran para una salida limpia, nada de pelotazos, el toque al pie, y él conduciría el ataque con orden, mientras Alejandro se quedaba rezagado, unos metros detrás, para abrir la cancha y cumplir la misión de aguantar al equipo rival.

16 —¡Alégrate, trajinarás toda la cancha! —le dijo el entrenador a Alejandro el día que decidió el cambio.

—Pero yo soy más técnico...

El entrenador sonrió.

—¿Eso crees? —le preguntó y añadió algo burlón—: Yo te veo más como un perro de presa.

Alejandro lo miró sin entender.

—Bravo, mordelón —aclaró el entrenador y lo sujetó del hombro; habló fuerte para todos nosotros—: ¡Serás el Mascherano del equipo!

¿Quién quiere ser el 5 o el 6? Quienes jugamos sabemos que para llegar a ser admirado debes alinear de media punta o de delantero, del 7 para arriba, los demás estamos fregados. Lucimos menos, tenemos poca presencia en el marcador. Yo lo tengo claro porque soy arquero. Veinte intervenciones magníficas, una mala y te crucifican. Sin duda es el puesto más sacrificado del equipo, pero no me quejo; al menos sé que la figuración individual del arquero tiene un toque de distinción. Es único: viste distinto, hace lo que los otros no hacen y muchas

veces es el capitán. Piensa en Óscar Ibáñez, José Luis Chilavert o Gianluigi Buffon. Tres grandes arqueros que se han comido algunos goles, pero que la hinchada los respeta. En cambio, el volante de contención es un mártir que casi nadie recuerda, que está en el campo para desempeñar una tarea de albañil frente a las maniobras artísticas del media punta.

—¡Mascherano! —repitió Alejandro con un resoplido. Y se fue diciendo cosas como—: ¿Quién diablos quiere ser Mascherano? ¡Yo quiero ser Xavi Hernández o Iniesta!

17

Jesús seguía tirado a nuestros pies, sufriendo por ese mismo sueño de querer ser Xavi Hernández o Iniesta. Estuvimos largos minutos en silencio, todos con el mismo gesto de dolor y sin saber qué hacer, hasta que empezamos a llenarlo de preguntas. Nadie se atrevió a tocarlo. Sabíamos que cualquier lesión podía empeorar si intentábamos levantarlo o moverlo del sitio. Un rato después llegó el entrenador y gritó para que le dejaran espacio; se arrodilló frente a Jesús y le tocó la rodilla. Jesús dio el peor grito que he escuchado en mi vida. El entrenador volteó a mirarnos, tenía cara de desgracia. Después nos ordenó:

—¡Llaman a una ambulancia! ¡Rápido!

Se le acercó a Jesús y le murmuró algo al oído.

Se puso de pie, se frotó la cara con las manos y volteó de nuevo a mirarnos.

—¿Llamaron a la ambulancia? —nos preguntó.

Nos miramos las caras como si no entendiéramos la pregunta. Él se desesperó, entonces tres o cuatro corrimos a traer nuestros celulares. Pero nadie sabía qué número marcar, así que yo llamé a papá y él me dijo que me tranquilizara, que él se encargaría. Un rato después llegó la ambulancia y se llevaron a Jesús en camilla. El pobre parecía haberse desmayado.

18 Papá llegó en ese momento y subimos a su carro el entrenador y yo. Perseguimos a la ambulancia hasta el hospital. La ambulancia se detuvo en la puerta de EMERGENCIAS y bajaron a Jesús. El entrenador y yo también bajamos y entramos a la carrera, papá se fue a estacionar el carro. Minutos después, estábamos los tres sentados en las bancas de EMERGENCIAS, cuando asomó un enfermero por la puerta y preguntó en voz alta:

—¿Familiar del joven Jesús Quispe?

Miramos alrededor con la esperanza de que apareciera un familiar, pero nadie conocía ni al papá ni a la mamá de Jesús, y por lo tanto quién podría haberle avisado. Yo, que había sido el más cercano a Jesús, en ese instante reparé en que no sabía nada de su familia y en que él jamás me había hablado de sus padres. Tuve un impulso que me sorprendió: me paré resuelto a acercarme al enfermero y presentarme como familiar, pero el entrenador me sujetó del hombro y se puso de pie.

—Deja, voy yo —me dijo.

El enfermero lo hizo pasar y volví a sentarme en la banca, todo decaído, con la mirada fija en la puerta que

decía PROHIBIDO EL INGRESO A PERSONAL NO AUTORIZADO. Un rato después, papá tuvo que irse a una reunión de trabajo y se despidió con un abrazo muy fuerte. «No te demores mucho», me dijo. Cuando me quedé solo no pude aguantarme: me llevé la mano a los ojos y empecé a lagrimear.